

con mucho interés, y me invitó a tomar una cucharada *más* de *mi* poción de calmante.

—Con mucho gusto—le dije, aunque no recordaba en modo alguno esa poción;—un huésped enfermo es incómodo, y no pido otra cosa que curarme pronto.

La poción me fué realmente muy saludable, pues continué durmiendo y soñé en mi inmortal. Cuando abrí los ojos, vi al pie de mi cama una aparición que dos días antes me hubiera encantado, pero que me contrarió como un reproche inoportuno. Era la señora de Ionis, que venía por sí misma a informarse de mi estado y a vigilar los cuidados que se me daban. Me habló amistosamente y mostró por mí un verdadero interés. Le dí las gracias lo mejor que supe, asegurándole que me encontraba muy bien.

Entonces apareció el grave rostro de un médico, que me examinó el pulso

y la lengua, me prescribió el descanso, y dijo a la señora de Ionis:

—Esto no será nada. No le deje usted leer, ni escribir, ni hablar hasta mañana, y podrá reunirse al día siguiente con su familia.

Al quedarme solo con Bautista, le interrogué.

—Dios mío, señor—me dijo,—no sé qué contestarle. Parece que la habitación que usted ocupaba pasa por estar encantada...

—¿La habitación que ocupaba? ¿En dónde estoy, entonces?

Miré a mi alrededor, y saliendo del entorpecimiento en que me encontraba, reconocí por fin que no estaba ya en el *cuarto de las damas*, sino en otro aposento de la residencia.

—En cuanto a mí, señor—repuso Bautista, que era un espíritu muy positivo,—he dormido en esa habitación y no he visto nada. No creo una palabra de esas historias. Pero al oír cómo

se atormentaba usted en la fiebre, hablando siempre de una hermosa dama que existe y que no existe, que está muerta y que está viva... ¡qué sé yo lo que ha llegado usted a decir sobre eso! era a veces tan bonito que hubiera querido recordarlo, o saber escribir para conservarlo; pero esto le dañaba y he tomado el partido de traerle aquí, en donde se encuentra usted mejor. Mire, señor, todo viene de que hace demasiados versos. ¡Su señor padre dice, con mucha razón, que eso desarregla las ideas! Haría usted mejor en pensar únicamente en sus legajos.

—Tienes razón ciertamente, mi querido Bautista—respondí,—y procuraré seguir tu consejo. Me parece, en efecto, que he tenido un acceso de locura.

—¿De locura? ¡Oh! ¡no, señor, a Dios gracias! Ha delirado usted un poco en medio de la fiebre, como puede sucederle a todo el mundo; pero esto ya se ha pasado, y, si quiere usted to-

mar un poco de caldo de pollo, se encontrará luego en tan buena disposición como lo ha estado siempre.

Me resigné al caldo de pollo, aunque yo hubiera preferido algo más nutritivo para restablecerme pronto. Encontrábame agobiado de fatiga. Durante el día fuí reparando poco a poco mis fuerzas, y se me permitió cenar ligeramente. Al día siguiente vino a verme la señora de Ionis. Estaba levantado y me encontraba perfectamente bien. Con mucha cordura le hablé de lo que me había sucedido, sin darle, no obstante, ningún detalle sobre el asunto. Había estado loco: me sentía muy avergonzado por ello y le rogaba que me guardase el secreto; si empezaban a tenerme en la comarca por visionario, estaba perdido como abogado; esto afectaría mucho a mi padre.

—No tema nada—me contestó;—le respondo de la discreción de mis criados; asegúrese usted del silencio del

suyo, y esta aventura quedará aquí. Por otra parte, aun cuando se contase algo, nos bastaría decir que ha tenido usted un acceso de fiebre, y que estos espíritus supersticiosos se han complacido en interpretarlo según su propia credulidad. En el fondo, esto sería lo cierto. Al venir aquí a caballo en un día ardiente, tomó usted una insolación. Por la noche, estuvo enfermo. En los días siguientes, le atormenté con este triste pleito, y para atraerle a mi opinión ¡no he retrocedido ante ningún medio!

Detúvose, y cambiando de tono:

—¿Se acuerda usted de lo que le dije antes de ayer en la biblioteca?

—Confieso que no lo comprendí; me encontraba bajo el efecto de...

—¿De la fiebre? Cierto, ¡bien lo he visto!

—¿Consentiría usted en repetirme, ahora que estoy en pleno juicio, lo que me dijo referente a la aparición?

La señora de Ionis vaciló.

—¿Conserva acaso su memoria el recuerdo de esta aparición?—me dijo en tono ligero, aunque examinándome con una especie de inquietud.

—No—respondí,—esto es ahora muy confuso; confuso como un sueño del que por fin se tiene conciencia y que no se piensa ya en evocar de nuevo.

Mentía con aplomo; la señora de Ionis me creyó, y yo vi que también ella mentía al pretender que en la biblioteca me había hablado solamente del efecto del manuscrito para acusarse de habérmelo prestado en un momento en que estaba ya bastante agitado. Yo tenía la evidencia de que, llevada por un movimiento de alarma ante mi estado mental, me había dicho sobre ello cosas que ahora se felicitaba de que no hubiese oído; pero no sospechaba yo cuáles podían ser. Al verme tranquilo, me creía curado. Yo hablaba de mi visión con acento firme, como de un delirio. Me invitó a no

pensar más, a no seguir atormentándome por ello.

—No vaya usted a creerse más pobre de espíritu que otro cualquiera—añadió:—no hay nadie que no haya delirado algunas horas en su vida. Quédese dos o tres días más con nosotros; diga el médico lo que quiera, no le devolveré a sus padres débil y pálido. No hablaremos más del pleito; es inútil; iré a ver a su padre y hablaré con él de esto, sin atormentarle a usted más.

Por la tarde estaba yo completamente curado; traté de penetrar en mi antigua habitación: estaba cerrada. Me aventuré a pedir la llave a Ceferina, quien contestó que la había entregado a la señora de Ionis. No se quería alojar allí a nadie hasta que la leyenda, recientemente exhumada, quedase olvidada de nuevo.

Fingí haber olvidado algo en aquella habitación. Hubo que ceder: Ceferina fué por la llave y entró conmigo. Bus-

qué por todas partes, sin querer decir qué era lo que había perdido. Miré en el hogar de la chimenea, y vi sobre las piedras desunidas los recientes arañazos dejados allí por el cuchillo de Bautista. Pero esto ¿qué probaba, sino que durante mi acceso de locura había hecho buscar allí un objeto que sólo existía en el recuerdo de un ensueño? Había creído que encontraba un anillo y que me lo ponía en el dedo. ¡No lo llevaba ya; sin duda, nunca lo había llevado!

Ni aun me atreví a interrogar a Bautista sobre este hecho. No me dejaron solo ni un instante, en el cuarto de las damas, que volvieron a cerrar tan pronto como hube salido. Sentí que nada me retenía ya en la residencia de Ionis, y partí al día siguiente por la mañana, furtivamente, para librarme de la conducción en carruaje con que me habían amenazado.

El caballo y el aire libre me resta-

blecieron por completo. Atravesé bastante de prisa los bosques que rodeaban la residencia, con el temor de ser perseguido por la solicitud de mi bella amiga. Luego, moderé la marcha de mi caballo, a dos leguas de aquel lugar, y llegué tranquilamente a Angers a primera hora de la tarde.

Tenía el rostro un poco alterado: mi padre no lo notó mucho; pero nada escapa a la vista de una madre, y la mía se mostró inquieta por ello. Logré tranquilizarla comiendo con buen apetito; había arrancado a Bautista el juramento de no decir nada, al que él había puesto la restricción de que no lo mantendría si yo llegaba a enfermar de nuevo.

¡Me guardé, pues, muy bien de ello! me cuidé física y moralmente, como un mozo muy interesado en la conservación de su ser. Trabajé sin exceso, paseé regularmente, alejé toda idea lúgubre y me abstuve de lecturas excitantes.

tes. La razón de toda esta razón tenía su origen en una locura obstinada pero tranquila, y por así decirlo, dueña de sí misma. Quería comprobar ante mi propio juicio que no había estado loco, que no lo estaba y que no había nada mejor averiguado, ante mis propios ojos, que la existencia de las damas verdes. Quería de este modo devolver a mi espíritu al estado de lucidez necesario para callar mi secreto, alimentándolo en mí mismo como la fuente de mi vida intelectual y el criterio de mi vida moral.

Toda huella de la crisis se borró, pues, rápidamente, y al verme estudioso, razonable y moderado en todo, hubiera sido imposible adivinar que me encontraba bajo el imperio de una idea fija, de una perfecta monomanía.

Tres días después de mi regreso a Angers, mi padre me envió a Tours para otro asunto. Pasé allí veinticuatro horas, y al volver a *nuestra casa*, supe

que la señora de Ionis había venido a ponerse de acuerdo con mi padre sobre la continuación del pleito. Había parecido ceder a la razón positiva: consentía en ganar.

Me alegré de no haberme encontrado con ella. Imposible fuera decir que una mujer tan encantadora se me había hecho antipática; pero es lo cierto que temía mejor que deseaba volver a verla. Su escepticismo, que sólo pareció haber abandonado un día, conmigo, para abrumarme con él al día siguiente, me hacía el efecto de una injuria y me causaba un dolor indecible.

Al cabo de dos meses, y a pesar de todos mis esfuerzos para parecer dichoso, mi madre se dió cuenta de la espantosa tristeza que ocupaba el fondo de mis pensamientos. Todo el mundo notaba un gran cambio a mi favor, lo que había empezado por alegrarla. Mi conducta era perfectamente austera y mi conversación tan grave y sensata

como la de un viejo magistrado. Sin ser devoto, me mostraba religioso. No escandalizaba ya a las almas sencillas por mi volterianismo. Júzgaba en todas las cosas con imparcialidad y criticaba sin acrimonia las que no admitía. Todo esto era edificante, excelente; pero no encontraba ya gusto en nada, y la vida era para mí una pesada carga. Ya no era joven, ya no conocía la embriaguez del entusiasmo, ni el calor de la alegría.

No me faltó, pues, a pesar de mis importantes ocupaciones, el tiempo para escribir versos, y hubiera tenido este tiempo, aunque no me lo hubiesen dejado, pues casi no dormía ya ni corría tras de ninguna de las diversiones que absorben las tres cuartas partes de la vida de un hombre joven. No pensaba ya en el amor y huía del mundo; había dejado de exhibirme con los mozos de mi edad ante las miradas de las mujeres hermosas de la comarca. Estaba re-

tirado, meditabundo, austero; era muy amable con los míos, muy modesto con todo el mundo, muy ardiente en las luchas forenses. Pasaba por ser un joven irreprochable; pero era profundamente desgraciado.

Es que alimentaba con extraño estoicismo una pasión insensata y única en la vida. Amaba a una sombra, no podía ni aun decir, a una muerta. Todas mis investigaciones históricas no habían venido a probarme más que esto: Las tres señoritas de Ionis no habían existido quizás nunca fuera de la leyenda. Su historia, colocada por los últimos cronistas en la época de Enrique II, era ya una crónica antigua, insegura en esa misma época. No quedaba de ellas ni un título, ni un nombre, ni un escudo en los papeles de la familia de Ionis; mi padre los había tenido todos en sus manos con motivo del pleito; ¡ni aun una piedra tumularia en ningún lugar de aquella región!

Es decir que yo adoraba a una mera ficción, nacida, según todas las apariencias, en las nubes de mi cerebro. Pero he aquí una cosa de la que hubiera sido imposible convencerme. Había visto y oído a esta maravilla de belleza; existía ésta en una región que me era imposible alcanzar, pero de la que ella podía descender hacia mí. Profundizar en el problema de esta existencia indefinible y en el misterio del lazo que se había establecido entre nosotros, me hubiera conducido al delirio. Yo lo sentía así, no quería explicar nada, ahondar en nada; vivía por la fe, que es el *argumento de las cosas que no parecen ser*, una locura sublime, pase, si la razón no es más que el argumento de lo que cae bajo los sentidos.

Mi locura no era tan pueril como hubiera podido temerse. La cuidaba como una facultad superior y no la permitía descender de las alturas en que la había colocado. Me abstuve, pues, de

toda nueva evocación, con el temor de extraviarme en la persecución cabalística de alguna quimera indigna de mí. La inmortal me había dicho que me hiciese digno de que ella permaneciese viva en mi pensamiento. No me había prometido volver bajo la forma en que la había visto. Había dicho que esta forma no existía, ni era otra cosa que la creación producida en mí por la elevación de mi sentimiento para con ella. No debía, por lo tanto, atormentar a mi cerebro para reproducirla, pues mi cerebro podía desnaturalizarla y hacer surgir alguna imagen inferior a ella. Quería purificar mi vida y cultivar en mí el tesoro de la conciencia, con la esperanza de que en un momento dado esta celeste figura vendría por sí misma a colocarse ante mí, conversando conmigo con aquella voz querida, que no había merecido oír por largo rato.

Bajo el imperio de esa manía, estaba en camino de convertirme en un hom-

bre de bien, y es muy extraño que la locura me llevase a la cordura. Pero había en ello algo demasiado sutil, demasiado difícil para la naturaleza humana. Esta ruptura de mi alma con el resto de mi ser, y de mi vida con los arranques de la juventud, debía conducirme paso a paso a la desesperación, quizás al furor.

Aun no había pasado de la melancolía, y, aunque muy pálido y muy enflaquecido, no estaba enfermo, ni insensato, en apariencia, cuando le llegó el turno a la causa de los de Ionis contra los de Aillane. Mi padre me advirtió que debía preparar mi defensa para la semana siguiente. Hacía entonces unos tres meses que, en una mañana de junio, había yo abandonado la funesta residencia de Ionis.

---